



MINISTERIO  
DE DEFENSA

**ieee.es**  
Instituto Español de Estudios Estratégicos

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS  
DE LA DEFENSA NACIONAL



ANIVERSARIO 1964 - 2014



**Javier Solana**

**Conferencia:**

***“Seguridad, interdependencia y responsabilidad”***

Conferencia impartida por Javier Solana, con motivo de la celebración del 50º Aniversario de la creación del CESEDEN, en la mañana del 30 de octubre de 2014.

**CESEDEN. Jueves 30 de octubre de 2014**

## Seguridad, interdependencia y responsabilidad

**Javier Solana**

Majestad, permitidme agradecer, en primer lugar, vuestra presencia.

Es para mí un gran placer celebrar el cincuenta aniversario de la creación del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional con tan distinguida audiencia.

Este centro de larga historia representa hoy una de las mejores apuestas de España para entender el mundo que nos rodea, el entorno donde nos desenvolvemos y el papel fundamental de la seguridad y la defensa para reafirmar nuestra presencia global.

Quiero expresar mi gratitud y respeto a las Fuerzas Armadas españolas, con las que he compartido importantes y muy gratas experiencias. He tenido el privilegio de convivir con ellas dentro y fuera de nuestras fronteras. Soy testigo de la labor que las Fuerzas Armadas han desempeñado por la paz en las últimas décadas. Su entrega, capacidad profesional y sacrificio merecen mi más profunda admiración.

Quisiera, por último, felicitar de manera muy especial al Ejército del Aire, que este año celebra el setenta y cinco aniversario de su creación.

Hace cincuenta años, cuando se creaba el CESEDEN, nadie habría imaginado el mundo de hoy. Tampoco nadie puede adivinar qué mundo tendremos dentro de cincuenta años. La historia es siempre transición. Pero la gran novedad de nuestro tiempo es la rapidez con la que se suceden los cambios a escala global.

Hace algunos siglos, incluso algunas décadas, era mucho más sencillo encontrar el centro geográfico del que dependían el poder y sus normas. La llamada 'pax britannica' del siglo XIX se aseguraba desde Londres.

Después de la Segunda Guerra Mundial uno podía mirar a Washington o a Moscú. La caída del Muro de Berlín dio paso a una etapa de unipolaridad, de hegemonía norteamericana. Terminó antes de que nos diéramos cuenta. La llegada de la crisis económica en 2008 aceleró la transferencia de poder de Occidente a Oriente.

Hoy, en esta segunda década del siglo XXI, no sabemos bien dónde mirar. Hasta hace pocos años era Washington. Ya no, o por lo menos no solo.

Este proceso no es más que el tránsito hacia la multipolaridad. Consecuencia, en buena medida, de la globalización, que primero fue económica pero ya es política.

La multipolaridad ha derribado el viejo orden construido por las grandes potencias que ganaron la Segunda Guerra Mundial. La ausencia de potencia hegemónica difumina las

reglas de juego del tablero global. La ilusión occidental de presenciar una transición armoniosa y ordenada hacia la multipolaridad se desvanece a marchas forzadas.

La acción multilateral en un mundo multipolar se hace mucho más difícil. Hoy la multilateralidad ya no se traduce en lograr acuerdos en torno a nuestras propuestas, sino en defender nuestros principios respetando los de los demás.

Las instituciones que sustentan el sistema internacional de hoy están construidas sobre los principios de ayer. Su funcionalidad y eficacia están en entredicho, como demuestra la parálisis casi permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. La emergencia de grupos de decisión ad-hoc, como el G-20, tampoco ha logrado sustituir a lo ya existente.

Los nuevos actores no occidentales no sienten el sistema multilateral vigente como suyo. Hay razones que pueden explicarlo.

Pongamos por caso a China: el Fondo Monetario Internacional ha reconocido ya que es la primera economía del mundo en Producto Interior Bruto medido en paridad de poder adquisitivo. Sin embargo, a día de hoy, su cuota de votos en el FMI es poco superior a la de Italia, que es un quinto de la economía china. Estados Unidos mantiene de facto su derecho de veto. No parece muy razonable.

Hoy retornan conceptos que creíamos superados. Esferas de influencia, equilibrios de poder o los viejos Califatos fundamentalistas que no son más que la expresión nostálgica de un pasado mitificado.

Debemos abandonar el comportamiento táctico imperante de los últimos años. La búsqueda de una visión estratégica ligada a la seguridad y a la responsabilidad es crucial. Y más en este contexto tan complejo, volátil e interdependiente.

Permítanme una breve reflexión sobre lo que para mí es una de las características más significativas de este nuevo contexto global. Me refiero a la interdependencia.

La interdependencia hace que las acciones o las omisiones vayan más allá de quien las realiza y de sus consecuencias inmediatas. La interdependencia nos hace a todos vecinos. Nos condiciona profundamente y nos obliga cambiar pautas y marcos de análisis. Ya casi nunca estamos solos.

La interdependencia cambia el concepto de responsabilidad para todos. Para los estados, las organizaciones internacionales y supranacionales, las empresas, los diferentes organismos no estatales y también los ciudadanos del mundo.

Todos estamos conectados por una red de interrelación que abarca desde los lazos económicos y políticos hasta el cambio climático, la ciberseguridad, la energía, el terrorismo o las pandemias.

Sin entender cómo nos afecta lo que ocurre en cualquier lugar del globo, y las consecuencias de nuestra reacción ante ello, no podremos entender lo que significa el mundo multipolar y global en el que nos movemos.

De todos los órdenes mundiales el multipolar es el más difícil de gestionar. Pero bien gestionado puede ser la mejor de todas las opciones. Sabemos que el conflicto no es inevitable. No es inevitable en tanto en cuanto la multipolaridad se acompañe de instituciones multilaterales inclusivas y eficaces.

Cada uno de los actores debe ser consciente y asumir sus responsabilidades. Cada acción, cada omisión, tiene repercusiones, consecuencias y efectos que pueden ser globales. No parece una tarea fácil. Y menos examinando los acontecimientos que nos rodean.

En esta hora hay varios puntos de fricción geoestratégica que amenazan la estabilidad global. En Oriente Medio el llamado Estado Islámico, que ni es un Estado ni representa los valores del Islam, domina ya una extensión de territorio equivalente a Austria y Suiza juntos, repartido entre Siria e Irak.

El fuego regional sigue consumiendo Siria, la punta de lanza de Oriente Medio. Siria lleva más de tres años y medio sumida en una guerra civil que trastoca el equilibrio regional. La guerra en Siria pone de manifiesto los problemas de fondo. El primero es el choque entre la visión suní del Islam contra la visión chií. Son dos posturas enfrentadas por el control regional, representadas fundamentalmente por Arabia Saudí e Irán.

Pero también el conflicto entre los propios suníes, enfrentados dramáticamente entre sí. La gravedad de este segundo conflicto es igual o mayor que la del primero.

La situación presenta una enorme complejidad. Da la impresión de que nos vemos forzados a elegir entre lo malo y lo peor. En todo caso, serán los suníes moderados los que deberán derrotar a los suníes fanáticos.

Las soluciones impuestas desde fuera no han funcionado nunca. Por eso cualquier solución debe ser percibida como propia por los actores regionales. De otra manera, y como ya hemos visto en demasiadas ocasiones, la inestabilidad se convertirá en permanente.

La cuestión nuclear iraní sigue siendo clave. El acuerdo está más cerca que nunca. Pero para quien ha negociado durante tanto tiempo con los iraníes no habrá motivo de celebración hasta que no esté finalizado y firmado. Mi visión es conocida: un acuerdo es siempre mejor que la ausencia del mismo.

La frontera oriental de la Unión Europea vuelve a ocupar los análisis y los titulares. Desde el comienzo del conflicto, en la primavera de este año, en Ucrania han muerto más de tres mil personas.

La Rusia de Putin se aleja de Occidente mientras resurge con la vista puesta en un pasado imaginario, que solo tiene de real el nacionalismo ruso. Rusia podría ser considerada como un actor emergente y declinante al mismo tiempo, con la sensación de haber sido humillado por Occidente. Qué nostalgia me producen los días en que firmamos el Acta Fundacional con Rusia. Permitted la primera expansión de la Alianza de acuerdo con Moscú.

El paisaje que he dibujado es muy complejo. El encaje de la Unión Europea en este puzle global también.

Contamos con las instituciones supranacionales más innovadoras del mundo. Europa ofrece lecciones sobre cómo cerrar heridas, reconciliar a los enemigos y construir identidades múltiples e inclusivas. Es posible superar los problemas. Nuestro continente no puede renunciar a su esencia y a su ser y estar en el mundo.

Pensemos que hoy contamos con tres países europeos entre las siete primeras economías del mundo. Dentro de diez años quedarán dos. En 2030 sólo Alemania se mantendría en la lista. La conclusión es clara.

Los Estados europeos son demasiado pequeños como para competir por separado en el mundo del siglo XXI.

La estabilidad mundial, entendida como entorno pacífico, libre de conflictos y seguro para las personas, es un bien público global. Beneficia a todo el mundo, contribuya o no a proveerlo. La contribución europea a la seguridad global debe ser mucho más que la paz entre los Estados miembros.

El entorno en el que nos movemos es volátil y sumamente inestable. El abanico de conflictos a los que nos podemos enfrentar es enorme, desde el ámbito cibernético hasta la emergencia de actores no estatales. Ustedes lo saben bien. Hay que estar preparado para todo ello.

La Unión Europea necesita tener aseguradas sus capacidades básicas. Debe ser capaz de actuar con la flexibilidad suficiente como para dar respuesta a cualquier crisis sea cual sea su naturaleza. Tenemos que ser proveedores de bienes públicos globales. No podemos desentendernos.

La seguridad debe volver al centro del debate europeo. El desarrollo de la Política Común de Seguridad y Defensa requiere altura de miras. Liderazgo capaz de mirar más allá de las urgencias del corto plazo. Necesitamos visión estratégica.

Una política europea de seguridad y defensa seria, efectiva y global debe apostar por la especialización y puesta en común de efectivos, tecnología y recursos entre los diferentes Estados miembros. La crisis ha recortado los presupuestos de defensa, que han caído en casi toda Europa.

Es un buen momento para repensar los recursos que cada Estado dedica a la seguridad. Gastar mejor, de manera que el conjunto sea más eficiente, no es solo una manera de ahorrar: / es una cuestión de supervivencia colectiva. Tenemos las capacidades, pero tenemos que organizarlas mejor. Sin gastos redundantes, optimizando recursos. Llevando el conjunto por el camino de la innovación y de la excelencia tecnológica y operativa.

Necesitamos asegurar el buen funcionamiento del mercado de la defensa / Debe ser abierto, transparente, competitivo en un mundo global y basado en la igualdad de oportunidades para todos los proveedores europeos.

Las sinergias civiles-militares que se derivan del progreso de la industria de seguridad son también enormes. De la inversión en I+D+I se beneficia a la larga toda la sociedad. Genera crecimiento, innovación y competitividad.

El fatalismo y la senda de la decadencia y el declive son solo elecciones agravadas por el desánimo. No estamos condenados a ello.

Si el futuro nunca está escrito, mucho menos lo está para un continente que ha vivido lo mejor y lo peor de nuestra historia. La voluntad siempre demuestra su eficacia. Para mí, y para muchos otros, la realidad es clara: necesitamos una Europa que demuestre que este continente es y será el mejor lugar del mundo para nacer, crecer y vivir.

Mi deseo para Europa es también mi deseo para España. España se enfrenta a retos de gran calado.

España es hoy una democracia madura, homologable a otras democracias europeas. Es imperfecta y todavía joven, pero en muy poco tiempo hemos conseguido integrarnos plenamente en Europa y en la Alianza Atlántica.

No pasamos nuestras mejores horas. La crisis económica nos ha golpeado sin piedad, provocando mucho sufrimiento. Aunque la remontada asome en el horizonte, no debemos caer en la complacencia.

España necesita un nuevo modelo productivo, encontrar los sectores clave para el crecimiento económico y mirar al exterior. La necesidad de internacionalizar la economía española reclama acompañamiento institucional y acción exterior efectiva. Debemos proyectarnos como lo que somos: un país avanzado, desarrollado, moderno, atractivo y lleno de talento. No perdamos la perspectiva: España es siempre mucho más.

Nuestra posición geoestratégica es inmejorable, justo a mitad de camino entre Washington y Kabul. Contamos con dos bases militares operativas, Rota y Morón, cruciales para nosotros e imprescindibles para nuestros aliados.

Hacemos muchas cosas bien. Debemos recordarlo. España tiene mucho que aportar a la seguridad atlántica y europea. Vamos a enviar nuestros soldados a entrenar al Ejército iraquí. Tenemos un buque de asalto anfibio, el Juan Carlos I, sin comparación en Europa. Pensemos en nuestros aviones, los F-18 o los A400M. Los helicópteros Tigre o los Patriots a punto de ser enviados a Turquía. Tenemos comunicación nacional directa desde Denver hasta Singapur. Todo ello nos sitúa en la liga de los mejores.

Los mismos principios que describía antes para la industria europea son aplicables a la española. Nuestra industria de seguridad tendrá que abordar procesos de concentración para ser competitiva en el mercado europeo y global. No saldrá adelante si no es competitiva y eficiente.

España tiene un largo camino por delante, pero somos un valiosísimo aliado. Debemos proseguir y apostar decididamente por la integración en estructuras multilaterales de seguridad, presentes y futuras.

Hoy, afortunadamente, ya no tenemos un Fuerzas Armadas cerradas, sino un pilar institucional del Estado dispuesto a arriesgarlo todo por los problemas globales.

Me gusta recordar, en ocasiones, que nuestra Constitución entró en vigor justo el mismo mes y año en que Deng Xiaoping anunciaba el llamado proceso de las Cuatro Modernizaciones. Se iniciaba entonces la senda de apertura de China. Nada expresa mejor la medida del cambio, sea aquí o allí.

Quisiera concluir constatando una realidad dura pero incuestionable. Europa en general, y España en particular, llevan unos años ensimismadas.

Las dificultades económicas, la profunda y devastadora crisis que hemos sufrido, han provocado un repliegue de la mirada.

Es fundamental que entendamos cómo ha cambiado el mundo, dónde tendremos que actuar y qué visión estratégica debe guiarnos para asegurar el futuro de todos.

Es el momento de desplegar la mirada más allá de nuestros horizontes. El CESEDEN es un marco inmejorable para hacerlo. Miremos al mundo como españoles, europeos y ciudadanos globales. El mundo nos pertenece a todos. Pongamos nuestro esfuerzo y talento a su disposición.